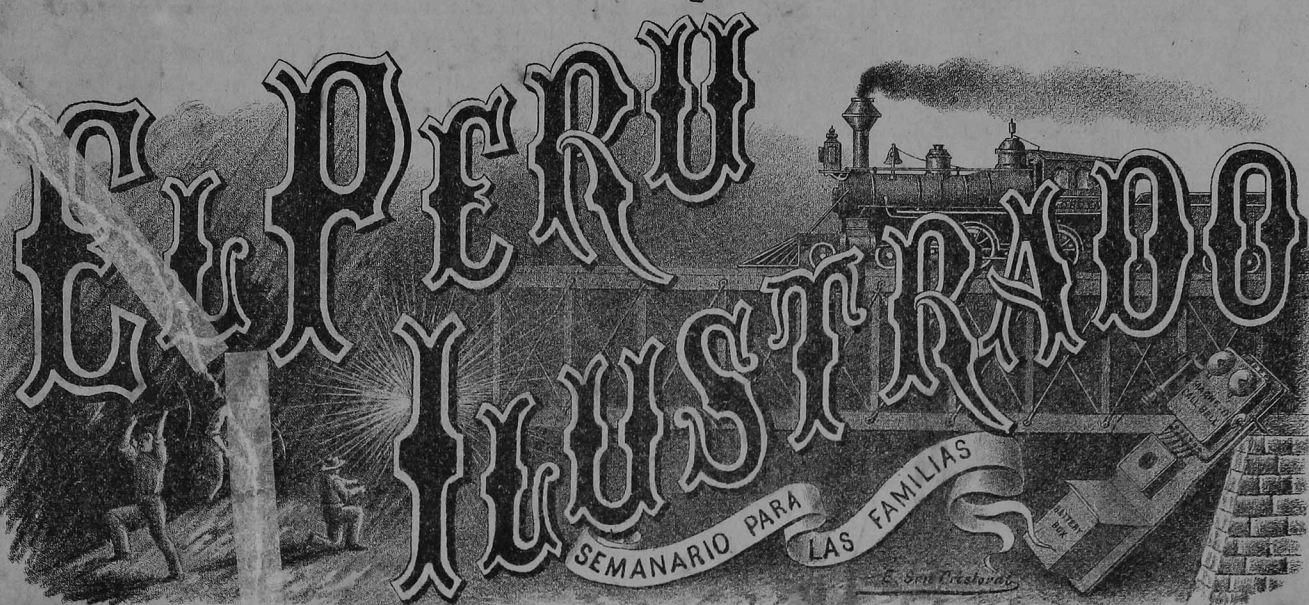


EL PERU ILUSTRADO

SEMANARIO PARA LAS FAMILIAS

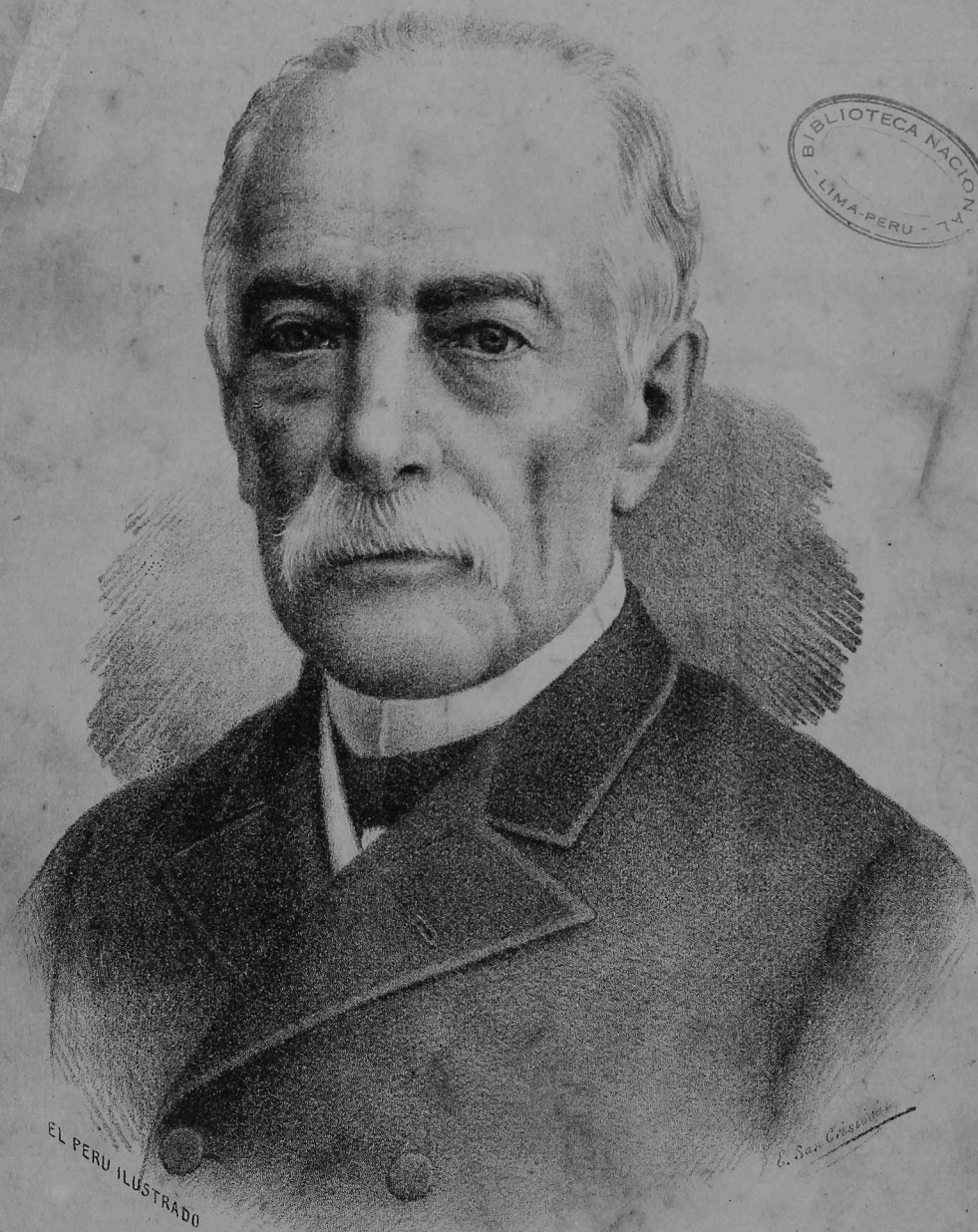


PETER BACIGALUPI & Co. — EDITORES PROPIETARIOS.

Año 2º-Semestre II. }

LIMA, SABADO 6 DE ABRIL DE 1889.

{ Número 100



Don Ernesto Malinowski,

Ingeniero en Jefe del Ferro-carril del Callao al Cerro de Pasco.

D. ERNESTO MALINOWSKI.

D. Ernesto Malinowski nació en Polonia el 5 de Febrero de 1818.

Hizo sus estudios primero en su ciudad natal y luego en París, recibiendo el diploma de Ingeniero en 1839. Tanto en la Escuela Politécnica en la cual comenzó su instrucción facultativa, como en la especial de Puentes y calzadas en que la concluyó, el señor Malinowski obtuvo notas muy honrosas, atrayendo hacia sí la consideración de profesores y colegas.

Desde 1839 hasta 1853 ejerció su profesión con notable fruto en la gran capital francesa. En el citado año de 1853, el entonces Presidente de la República, General D. Rufino Echenique, llamó al señor Malinowski para que entendiera en diversas obras públicas de que el Gobierno tenía el propósito de ocuparse. Establecido entre nosotros desde esa fecha, es el señor Malinowski perfectamente conocido en el país y bien pudimos examinar de trazar estos rasgos, si ello no fuera faltar á nuestro programa.

En los años comprendidos entre 1853 y 1866 el señor Malinowski tuvo á su cargo diversos trabajos, que sería prolijo en numerar, aquí y en otros lugares del país.

En 1866, fué el quien organizó la defensa del Callao para el memorable combate del «2 de Mayo».

Resuelta por el Gobierno la construcción de la gran línea férrea del Callao al Cerro de Pasco, línea que una vez terminada debe realizar notable cambio en la situación y porvenir del Perú, tocóle al señor Malinowski trazar ese admirable camino y ejercer vigilancia sobre los trabajos del gran Cuerpo de Ingenieros encargados de la obra.

El Ferro-carril de la Oroya, obra en que la ciencia ha luchado brazo á brazo con la naturaleza, venciendo obstáculos que los que conocemos ese camino podemos valorizar, será siempre uno de los monumentos del progreso de nuestra época. No se perderá, pues, en el olvido el nombre del que pudo llevar ese único mensajero de paz y adelanto que se llama locomotora á través de las montañas, salvando abismos y torrentes y venciendo todas esas barreras que á cada paso le presentáran las fragosas cordilleras andinas, obstáculos, quien sabe si tan difíciles de vencer como aquellos otros que aún se oponen á nuestro bienestar.

Mucho nos hemos ocupado del ferro-carril de la Oroya, á cual hemos dedicado numerosas páginas de nuestra publicación, ya para reproducir las partes más notables de la línea y esas obras de arte prodigadas con tanto lujo de atrevimiento, ya para consignar datos sobre el costo, dimensiones etc. de los puentes, vados, túneles que ha sido preciso construir para salvar los profundos barrancos ó las masas de granito que á cada paso pretendían detener la marcha de la civilización y el bienestar, hacia las opulentas regiones del centro del Perú.

El señor Malinowski y los Ingenieros á quienes tocó construir tan admirable línea, deben estar justamente satisfechos de su obra.

A consecuencia de disgustos que en 1880 tuviera con el entonces Jefe Supre-

mo de la República, el señor Malinowski se vió obligado á trasladarse al Ecuador, permaneciendo en ese país hasta 1886. Durante este tiempo, tuvo á su cargo la dirección de los trabajos del ferro-carril del Sur, tocándole construir la sección de «Chimbo» á «Sibambe». Los Ingenieros peruanos Viña, y Arancibia, llamados por él al Ecuador, le ayudaron en sus labores y hoy, á cargo de ellos, continúan los trabajos de esa importante vía férrea de la cual nos ocupamos en el N.º 97 de nuestro semanario.

Vuelto al país en 1886, como decimos, se encargó nuevamente de su puesto de Ingeniero en jefe de la línea de la Oroya, cargo que sirve desde que comenzaron los trabajos preliminares de ese ferro-carril.

Olvidávamos hacer constar que en 1858, siendo Presidente de la República el Gran Mariscal D. Ramón Castilla, el señor Malinowski hizo votar la ley sobre construcción de ferro-carriles, publicándolo, para el efecto, una interesantísima memoria que deploramos no tener á la mano.

Hoy como miembro de la Sociedad de Beneficencia de Lima, es Inspector de la Caja de ahorros.

A Rosa Amelia Cáceres.

CONSUELO.

La niña no ha muerto,
sinó, que duerme.

¡Silencio! Ningún ruido
Turbe la paz de su tumba
Donde duerme alabastrina
Como un niño Dios en su urna.
¡Silencio! Que allí sus padres
Cuyas pupilas enturbian
Acervas lágrimas tiernas,
Por ella rezos murmuran;
Y en la orfandad de su alma
Sus corazones la buscan
Y ya ni escuchan su acento
Ni sus palabras escuchan.....
Cefirillos voladores
Frescas auras, brisas puras,
Rosas, como ella, jazmines
Guardad por siempre su tumba.

.....
Pero no os afijais, padres
De aquella tierna criatura,
Ni lloreis tan hondamente
Ni aumenteis vuestras angustias;
¿Está muerta? No, ha subido
Del Dios Eterno á la Altura
Y allí ruega que mitigue
El dolor que hoy os enluta...
¡Silencio, que está dormida
Como un ángel en su cuna...!

MANUEL BEDOYA.

Callao, 27 de Marzo de 1889.

SUeltos.

Politeama.—El Domingo último y el Juéves nos ofrecieron los esposos Rupnick dos magníficas funciones, que sentimos no poder detallar por la estrechez del tiempo de que disponemos.

Nos contraeremos á la función del Jué-

ves, beneficio de la simpática señora Rupnick.

Si en «Aida» la señora Rupnick cantó con expresión, arrancando aplausos numerosos y viéndose obligada á repetir el gran cuo ¡O terra addio!; en *Rigoletto* no estuvo ménos feliz.

Quiére U?, graciosísima canción española, fué admirablemente vocalizada por la señora Rupnick. El público la aplaudió con entusiasmo, llamándola una y otra vez á la escena.

La señora Rupnick, en obsequio al público, cantó la hermosa romanza *Música prohibita*, en la que nos hizo ver cuanto es lo que ha progresado desde 1886, en que dejó nuestra capital.

El Juéves tuvimos el agrado de aplaudir al señor Richard así, en «Aida» como en la gran aria *Belisario*, en la que pudimos valorizar sus dotes artísticas.

El señor Morel, artista bien conocido de nuestro público; cantó con expresión «El gran vals «Les cloches de Cornévill.»

En resumen la función del Juéves fué espléndida, la concurrencia numerosa y escogida, correspondió á los esfuerzos de los artistas para complacerla.

La orquesta buena; como que la dirijó el señor Rupnick.

La beneficiada recibió bonitos obsequios; entre otros recordamos algunos hermosos ramos de flores, un riquísimo reloj y cadena de oro, un anillo de valor etc. etc.

Para mañana se anuncia el beneficio del señor Richard. El programa de la función que, según creemos, será la última de la temporada, es interesante.

Angel Arimburgo (Plateros de San Pedro N.º 8) ha recibido un espléndido surtido de cuadros al óleo y cromos hermosísimos, colocados en marcos de valor.

Precios verdaderamente ínfimos; es preciso acudir y ver.

Sociedad del Señor de los Milagros de Nazaremas.—Nos hacemos un deber al recomendar nuevamente á la humanitaria institución, cuyo título nos sirve de epigrafe, por la manera como llena sus nobles fines, llevando socorros y consuelos á los necesitados. El señor Darío Huertas que preside la Sociedad, merece nuestros plácemes.

Teatro Olimpo.—El mártes se estrenó en ese teatro el drama en tres actos y en verso de don Nicolás Augusto Gonzales, nuestro amigo y colaborador, titulado: «Las dos culpas.» Inútil nos parece decir que los numerosos amigos del autor y una gran parte de nuestra buena sociedad se dieron cita en el coliseo de Concha, deseosos de conocer la nueva producción del autor de «Primavera» y «El águila cautiva.»

El teatro estaba casi lleno. Los palcos, especialmente, se hallaban todos ocupados.

Comenzó la obra y su bella versificación, sus situaciones altamente dramáticas, sus inesperados lances, sus interesantes personajes; llamaron la atención de los espectadores; que sólo interrumpían el silencio que reinaba en la sala, con espontáneas y estruendosas salvas de aplausos. Tuvimos la curiosidad de contar esos aplausos. Sólo en el primer acto hubo diez y ocho, once ó doce en el segundo y más de veinte en el tercero.

Al caer el telón el público á una voz